

Desarrollos, tramas y desafíos de la Historia Reciente

CRISTINA VIANO

Hacia un estado de situación inicial: breves consideraciones

Si bien las tradiciones decimonónicas que reglaron la práctica de la historia, delimitaron sus objetos, sus temas y sus metodologías han sido puestas bajo sospecha, cuestionadas y luego desbordadas con creciente intensidad y en una multiplicidad de direcciones conforme el siglo XX avanzó, solo en las últimas décadas el despliegue de sustantivas transformaciones hizo jirones otros aspectos de esa herencia que aún poseían notoria vigencia; particularmente esas invocaciones a la historia - que pueden referir tanto a su dimensión procesual como a la disciplina encargada de estudiar y elaborar un relato sobre el decurso humano- que aparecen fuertemente anudadas a un régimen de temporalidad que hace de la consideración del pasado un territorio excluyente.

Ello no había sido siempre así, ya que durante siglos, más precisamente desde la antigüedad clásica y hasta el siglo XVIII mientras la historia mantenía formas pre-modernas, se arrastraron un conjunto de convicciones sobre las que reposaba la posibilidad y la fiabilidad de los relatos históricos: la referencia a la palabra del testigo que había visto los hechos o en su defecto el testimonio de quien había oído contar a quien había visto. El historiador tenía, por tanto, que interrogar en primer lugar a testigos oculares y en segundo lugar a testigos auriculares para averiguar el verdadero estado de las cosas. No obstante, debía demostrar un espíritu imparcial frente a los hechos y la historia “debía reflejar la verdad como espejo”.¹ En el contexto de esta concepción del conocimiento histórico, que hacía del testigo visual un garante de la representación histórica y en que la tradición oral era más confiable que la tradición escrita, el ámbito de la experiencia que podía ofrecer un saber más seguro era el de la historia presente, es decir el de la más próxima.

¹ Ver al respecto KOSELLECK, Reinhart *Futuros pasados. Hacia una semántica de los tiempos his-tóricos*. Barcelona, Editorial Paidós, 1993.

El influjo de saberes gestados en la tradición iluminista y particularmente la reorientación que imprimió la perspectiva historicista-positivista posterior, con su trazado de reglas bajo severos preceptos rankeanos, implicó que la historia se afirmara como conocimiento del “pasado”. El presente y el pasado más inmediato perdieron su importancia, junto con los testimonios orales y fueron arrumbados (todos) a un rincón oscuro y marginal. Más aún, sobre el pasado reciente y el propio presente, el positivismo descargaría su furia recomendando el alejamiento de ese territorio de exploración ya que se trataba sin más de política. Para pasar a ser historia debían mediar unas cuantas décadas, que garantizarían el estricto cumplimiento de una regla de oro: la objetividad. Asimismo, ello se sostenía con una estrecha soldadura a los documentos escritos guardados celosamente en archivos preservados de la manipulación, que se constituyeron en una fuente inalterable y fidedigna en contraposición a los testimonios y a su marca de origen; la memoria que tendía a ser complaciente consigo misma y a contaminarse de los acontecimientos posteriores. En suma, a ser muy poco fiable.

Las reglas del saber histórico que canonizaron a los documentos escritos, expulsaron a la oralidad de su territorio, a los tiempos más cercanos y al presente, se desplegaron casi sin obstáculos por un prolongado período y solo se verían cuestionadas por algunas voces aisladas que se alzaron contra ese estado de situación. En los primeros años '40 el historiador Marc Bloch reclamaba contactos más ardientes para la musa de la historia, la casta Clío, quien sobrellevaba una serena aunque desapasionada existencia. Alterar su destino suponía alejarse decididamente de la apacibilidad que le garantizaba el refugio en el estudio de pasados alejados y sin reverberaciones en el presente e internarse en territorios vedados o bien ocupados ya por otras disciplinas “respetables” como la sociología o por otros saberes menos calificados como el periodismo.²

2 No obstante, ello no deviene acto en Annales sino hasta unas décadas después de la segunda guerra mundial. François Dosse señala que el común rechazo a la política de los padres fundadores de la revista en los años '30 derivó entre otras cosas en un descuido de los procesos nazi-fascistas; situación sobre la que Bloch, en 1940, se lamentaría. “No nos hemos atrevido a ser en la plaza pública la voz que clama en el desierto... hemos preferido confiarnos en la temerosa quietud de nuestros talleres. Ojalá nuestros muchachos puedan perdonarnos la sangre que hay en nuestras manos” (*L'Étrange défait*, pag 188) en DOSSE, François *La historia en migajas*. Valencia, Edicions Alfons El Magnanim, 1988.

Quebrantar las reglas: cuando la memoria irrumpe y lo reciente se hace Historia

Un breve repaso nos indica que aquello que había sido desalojado y más aún negado, emergió en otro contexto, de la mano de otras problemáticas y se fue dotando (trabajosamente) de una fuerza que no reconoce antecedentes en ningún tiempo pasado. Fue un sector de la historiografía francesa quien se aventuró a investigar en aquel periodo posterior a la segunda guerra mundial y hacia fines de los años '70 ello cobró la forma de una especialidad en el Instituto de Historia del Tiempo Presente, que concebido como una continuidad del Comité de Estudios de la 2da Guerra Mundial concentró -como evidencia embrionaria de sus sostenidas inclinaciones- las investigaciones en torno a la ocupación nazi, al colaboracionismo francés, a la resistencia y también a la actuación de Francia en Argelia. Según su primer director se trataba de “afirmar la legitimidad científica de este fragmento o parte del pasado, demostrando a ciertos miembros de la profesión, más o menos escépticos, que el reto era hacer historia y no periodismo”.³

Desde entonces han despuntado numerosas acepciones que intentan dar cuenta de este campo de estudios: historia del tiempo presente, historia actual, historia vivida, historia inmediata, historia fluyente, historia coetánea, historia del pasado reciente, historia viva o historia reciente entre otras. Cada una de estas modalidades ha ido plasmando un devenir en el que los debates por la nominación, la delimitación temporal y el estatuto epistemológico están lejos de haberse agotado y donde también quedan impresas las huellas propias de distintas historiografías.⁴

Sintomáticamente, la temporalidad que aparece acompañando al vocablo historia en todas las ocasiones, está instalada en el corazón del problema. Ahora bien, ¿se trata entonces del abordaje de los problemas atinentes a un marco temporal específico, delimitado al modo en que podemos indicar otros periodos históricos con sus momentos de apertura y también de cierre?, ¿refiere

3 BÉDARIDA, François “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, N° 20. Madrid, 1998.

4 Actualmente en Francia, el término “Historia Inmediata” se reserva para la historia cultivada por el periodismo de investigación en tanto que “Historia del Presente” refiere más bien a la producción historiográfica, en Inglaterra se ha optado por “Current History” y en España donde recién en la década del '90 se ha comenzado a trabajar sobre el tema, la nominación “Historia del Tiempo Presente” si bien no ha concitado unanimidad, ha abierto el camino para que se la asocie con unas temáticas específicas tanto en lo que hace a los ámbitos académicos como a los debates públicos. Claramente la guerra civil, no tan cercana en el tiempo, ha actuado como matriz de sentido.

acaso al último capítulo de la historia contemporánea que, conforme pasa el tiempo, se extiende más y más? Cada una de las expresivas manifestaciones de la Historia Reciente⁵ parece indicar que la respuesta a esas preguntas no puede ser sino negativa; ella rehúsa dejarse atrapar en un marco temporal que pueda determinarse con alcances generales y tampoco estabilizarse, sino que más bien desde sus pasos iniciales, como espacio de conocimiento específico que intentó configurar sus condiciones, la categoría tiempo ha funcionado como una frontera escurridiza, móvil, en permanente despliegue y no universalizable.

Hacer referencia a la Historia Reciente remite a un campo de sentidos en el que la relación de contemporaneidad entre los procesos y problemas que se investigan y el acto de investigar desplegado por las y los historiadores está investido por una proximidad que nos indica, según una difundida fórmula, que “se historiza el pasado vivo” o también que se escribe “la historia del mundo en que vivimos”. Julio Aróstegui ha insistido en que se trata de una modalidad de historización -no de una cronología particular- que implica la historia de la gente viva, la historia hecha con los propios protagonistas actuando en el mismo mundo que la de quienes la escriben.⁶ Representa entonces el análisis de procesos en curso, inacabados pero inteligibles; la historia reciente se asienta en la convicción que sobre el pasado reciente y el propio presente es posible forjar una narrativa histórica que se vale de un conjunto de recursos específicos entre los cuales la memoria y la historia oral son de alta significación.

Pero detengámonos en la memoria, ya que ella ha empujado a la Historia más allá de los límites establecidos, al mismo tiempo que se ha convertido en un tema central de la Historia Reciente. En este sentido, es preciso señalar que la Historia Reciente no se conformó como un efecto del desplazamiento de intereses al interior del campo historiográfico ni constituyó meramente un

subproducto de los cambios de agenda de las ciencias sociales, sino que ha sido impulsada fundamentalmente por procesos sociales vivos que han emplazado a las y los historiadores a buscar explicaciones y respuestas a distintas experiencias que han jalonado (muchas de ellas trágicamente) la historia del siglo XX; y desde allí se recorta con potencia la figura de la memoria social y su imperiosidad. Sobre este aspecto volveremos en particular.

Las estribaciones de la historia reciente son variables y discurren por un amplio registro temporal según los espacios nacionales; examinemos algunos casos. Si en Alemania aún perdura en la memoria social el período vinculado con el ascenso y expansión del nazismo, el holocausto y las actitudes colaboracionistas, ello convive con las preocupaciones derivadas de procesos más cercanos en el tiempo como aquellos vinculados a la caída del muro de Berlín, la reunificación y la reconstrucción política después de la desaparición del socialismo real. En España, el franquismo y la transición hacia la democracia, pero también la más lejana guerra civil, constituyen los principales ejes de la memoria social y un estímulo profundo e insistente a los desarrollos historiográficos.

En Argentina, la Historia Reciente fue transitando, definiendo y persistiendo en algunos núcleos de problemas; particularmente las experiencias políticas y sociales de fines de los '60 y los primeros '70 marcadas por el crecimiento de las expectativas revolucionarias que, en consonancia con múltiples emprendimientos que se estaban produciendo en distintos y muy distantes puntos de la geografía mundial y latinoamericana, constituyen un horizonte de sentido inaugural indiscutible. La dictadura más feroz que asoló la Argentina desde 1976 y hasta 1983 acompaña inseparablemente ese ciclo.⁷

Como puede advertirse, las fronteras temporales son muy variadas e involucran procesos que hacen a un registro que abraza a buena parte del siglo XX, procesos que han sobrevivido y han sido transmitidos a través de la memoria social. En esta dirección, la perspectiva generacional ha sido invocada frecuentemente como uno de los fundamentos para pensar el tiempo histórico y más particularmente al tiempo reciente.⁸

5 Vamos a referirnos en adelante a “Historia reciente” ya que bajo este amparo se han desarrollado, en forma predominante, en Argentina un conjunto cada vez más amplios de emprendimientos.

6 “La Historia del Presente no es un proyecto de investigar o de enseñar el pasado o el presente; sino un modo de describir históricamente los procesos sociales en los que nosotros mismos estamos inmersos... La Historia del Presente existe en todas las épocas, no se enmarca en un período precisamente determinado, ni se interesa exclusivamente en la actualidad, sino que su objeto de análisis es el tiempo histórico, en el cual lo presente no es periódicamente actual, sino la razón de lo actual, su perspectiva y su carácter acumulativo”. Ver del autor “La historia reciente o del acceso histórico a las realidades sociales actuales” en RODRIGUEZ FRUTO, Julio (ed) *Enseñar historia: nuevas propuestas*, Barcelona, Laia, 1989. p. 38.

7 No obstante, la extendida condena social hacia la dictadura en Argentina hace que una y otra vez las controversias más intensas, que desbordan ampliamente los marcos de las academias, tengan su ojo de huracán en las experiencias de activismo político-militar de los primeros años '70.

8 Otra sugerencia para delinear el presente histórico puede resultar de la noción “reino de los contemporáneos” introducida por Alfred SCHUTZ, para quien el contemporáneo es “alguien de quien yo sé que coexiste conmigo en el tiempo pero a quien no vivencio en forma

El hecho que cada presente como construcción social conforme un espacio de intersección experiencial que está habitado por distintas generaciones vivas que interactúan (en forma cooperativa, conflictiva o bien con indiferencia), y que reciben influencias de similares acontecimientos, ya sea directamente o a través de un proceso de transmisión, ha llevado a buscar allí algunas coordenadas para delimitar los escenarios múltiples de lo reciente. Julio Aróstegui⁹ subraya que en el interjuego de generaciones sucesoras, activas y antecesoras se produce un proceso de centralidad de lo que denomina como “generación activa”; es decir el de aquella que posee el máximo de potencialidades y recursos sociales e ideológicos en cada momento histórico para imponer como hegemónica su propia percepción del mundo. Sugiere que las formas, las interpretaciones y mediaciones que acompañan a la actividad social y que imponen su hegemonía principal están ligadas a una edad y a su experiencia histórica y que por ello la interacción social y generacional más significativa muestra la existencia predominante de una generación activa; la que ocupa la zona central en la pirámide demográfica a partir de los treinta y cinco o cuarenta años que es la que acapara la mayor parte de las posiciones de procedencia social, controla la política e impone un estilo vital.

En tanto una generación se mantiene en esa posición central despliega sus formas de dominación ideológica con un grado de sutileza y de intermediación para hacer viable la absorción de posibles rupturas internas y morigerar el impacto que supone la aparición de posiciones alternativas y/o contrapuestas.¹⁰ Para el historiador español se constituye un “sistemas de vigencias” que

inmediata”. El concepto supone tanto el establecimiento de relaciones personales (cara a cara) como impersonales que forman parte de entidades colectivas y anónimas (como el estado o la clase social). Ver del autor *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires, Paidós, 1972. p. 209.

9 Siguiendo las perspectivas de Karl Mannheim y Ortega y Gasset, concibe a las generaciones como entidades sociohistóricas que participan en una misma experiencia histórica. La generación activa no es la que atraviesa la plenitud de la edad activa sino que es la poseedora del mayor número de los resortes de la preeminencia social, los puestos de dirección y de producción ideológica. AROSTEGUI, Julio *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza, 2004. p. 136 y 137.

10 Esa afirmación tal vez merezca ser relativizada desde una doble perspectiva; por una parte señalando que en ocasiones no es la generación central la que asume el peso de la historicidad sino que, como muestran algunos procesos ya insurreccionales ya revolucionarios (también contrarrevolucionarios) son las generaciones más jóvenes las que disputan no solo el relevo vital sino también el sentido de los procesos; y por otra moderando la centralidad de los grupos generacionales en los procesos históricos para visibilizar paralelamente otras variables no menores como la clase, el género o la ideología.

incluye las cuentas rendidas acerca de la interpretación histórica de su tiempo. “Una vez más, se trataría de la generación que se encuentra viviendo la que porta las soluciones que se presentan como vivas y centrales en un momento histórico dado. De ahí que en nuestra propia formulación puede decirse que la historia del presente es, en último análisis la construcción de la historia de sí misma que hace la generación vigente, una autohistoria o egohistoria”.¹¹

La Historia Reciente se ha desarrollado en estrecha asociación con otro fenómeno distintivo y característico de las sociedades contemporáneas; nos referimos a la expansión de la memoria como un elemento de alta significación de la vida social, la cultura y la política. Memoria que suele presentarse en singular y a secas, pero las más de las veces acompañada; memoria colectiva, memoria individual, memoria nacional, memoria histórica, memoria social, memoria herida, memoria hegemónica, deber de memoria, trabajo de memoria o memoria crítica; también en plural bajo la forma de memorias en conflicto o memorias colectadas. Este proceso ha sido denominado acertadamente como “boom de la memoria”. Los interrogantes surgen inmediatamente ya que no se trata solo de nombrar sino también de explicar: ¿por qué la memoria ha adquirido semejante centralidad?, ¿cuándo se ha iniciado ese proceso?, ¿a qué problemas remite?, ¿cuáles son los significados?, ¿constituye meramente un procedimiento marketing de la nostalgia impulsado por la poderosa industria cultural?, ¿cuáles son los vínculos que establece la memoria con la Historia?

Las respuestas han sido múltiples y no necesariamente coincidentes. Se ha señalado que tan explosivo fenómeno encuentra arraigo en el escepticismo de las décadas del 80/90 del siglo que dejamos atrás, ya que frente a un futuro que parece haber agotado sus promesas y por tanto nada puede depararnos, el pasado se presenta como un lugar más tranquilizador. Andreas Huyssen¹² ha llamado la atención sobre esa imperiosa necesidad de recordar absolutamente todo como intento de frenar el avance intensivo de los massmedia, en un contexto donde el clima cultural posmoderno amenaza la densidad histórica y desestabiliza las identidades bajo el impacto de la globalización, que no permite la supervivencia de rastros del pasado en el presente y diluye la necesidad de futuro. Ese giro hacia el pasado contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro que había sido tan característica de las

11 AROSTEGUI, Julio *La historia...* cit., p. 138.

12 Ver del autor *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

primeras décadas del siglo XX. Por su parte Hermann Lübbe ha planteado que estamos frente a un proceso de musealización del mundo, donde las miradas complacientes hacia antiguas armonías contribuyen a que todo se vuelve objeto para la tarjeta postal y el museo, generando un bucolismo que naufraga rápidamente en lo anecdótico. Memorialización y musealización se presentan como dos tendencias complementarias que intentan contrarrestar la angustia de un presente que deviene fugaz o, para decirlo con la célebre expresión de Marx, donde “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

Sin embargo, estas perspectivas resultan insuficientes para comprender la densidad con que la memoria se ha hecho presente en América Latina, donde se vincula inseparablemente a los horrores generados por las dictaduras militares de las décadas del '70 y '80 y a las irresueltas necesidades de justicia y reparación. Desde que emergió en los '80, aun cuando no era portadora de la fuerza que adquiriría en la década posterior, estuvo estrechamente vinculada al movimiento de derechos humanos y no se trató de remakes o retornos nostálgicos al pasado sino de luchas concretas por restituciones, juicios, encarcelamientos, por batallas por no olvidar, para no volver a repetir.¹³ La memoria social, a fuerza de perseverancias varias, visibilizó esos “pasados que no pasan”, que resisten y reaparecen una y otra vez y generan fuertes enfrentamientos políticos, sociales y culturales.¹⁴

Al compás de los tiempos sociales se ha producido una rápida acumulación de estudios sobre la memoria y no solamente desde la historia, ya que el tema obsesiona a analistas culturales, filósofos, ensayistas, científicos de la educación, politólogos, psicoanalistas, sociólogos, periodistas, a militantes de la memoria, entre muchos otros. Tanto es así que se ha convertido en una zona familiar del paisaje intelectual, en el cual no es difícil advertir que este enorme interés se expresa tanto en un haz de problemas como en dispares tratamientos. Asimismo es necesario prestar atención a ciertos interrogantes e intuiciones,

13 Ello se corporiza en una multiplicidad de expresiones que forman parte de nuestra cotidianidad: marchas y actos conmemorativos, homenajes, restituciones, colocación de placas, expresiones plásticas, lectura de poesía, recitales, videos, radios abiertas, filmes, programas televisivos, libros testimoniales o autobiográficos, dossiers de periódicos, memoriales o archivos. Múltiples formas desde donde se nos invita a recorrer el pasado desde el presente.

14 La cultura de la memoria asociada a los pasados traumáticos no se ha desenvuelto exclusivamente en América Latina. Ella asomó por primera vez en otras latitudes del mundo occidental como producto de los debates sobre la segunda guerra mundial y el exterminio provocado por el nazismo, debates que se reactualizaron y potenciaron a principios de la década del '80.

ya que si bien la familiaridad con la noción de memoria en el terreno de las ciencias sociales es relativamente reciente, reconoce sus antecedentes en otros tiempos un poco más lejanos, aunque su historia no puede inscribirse en el hilo de la continuidad.

Cuando Maurice Halbwachs escribió en 1925 *Los cuadros sociales de la memoria* sentó las bases para una sociología de la memoria, relevando la existencia de una memoria que iba más allá de los actores individuales e inventando un término que (con clara inspiración en Durkheim) devino célebre: memoria colectiva.¹⁵ Indagaba en sus mecanismos de construcción, en sus soportes, en sus posibilidades de pervivencia y transmisión, subrayando que ese pasaje de lo individual a lo colectivo no supone la existencia de una memoria colectiva, ya que los individuos se organizan en una cantidad de grupos, desde la familia hasta la nación. Advertía sobre la existencia de múltiples memorias colectivas circulando simultáneamente en una sociedad, ya que experiencias y acontecimientos no revisten igual importancia para los distintos grupos y por ese motivo integran su memoria colectiva sólo aquellos que lo han afectado de manera singular.¹⁶ El conflicto entre memorias cobraría especial significación. Los notorios aportes que realizara Halbwachs suponían un peldaño más de un movimiento que caracterizó la cultura europea de fines del siglo XIX hasta la primera guerra mundial; es que la pregunta por la memoria se había extendido desde Viena a toda Europa involucrando a figuras como Sigmund Freud, Hen-

15 Paul Ricoeur se pregunta “¿Quién recuerda? Estamos tentados de responder demasiado rápidamente: yo, yo solo. Pero la cuestión se ha vuelto urgente a partir de la emergencia del concepto de memoria colectiva que lleva la tesis incluso hasta la sospecha de que la memoria individual no sería sino un retoño, un enclave, de la memoria colectiva. Y sin embargo, la noción de memoria colectiva no ha escapado a la sospecha de inconsistencia en el plano conceptual... En lo que a mí concierne, luego de una larga disyuntiva, llegué a la convicción de que la memoria, definida por la presencia de algo del pasado en la mente y por la búsqueda de dicha presencia, puede ser atribuida, por principio, a todas las personas gramaticales: yo, ella o él, nosotros, ellos, etcétera. Esta aserción de una atribución plural del recuerdo no difiere, en mi opinión, de la atribución plural aplicable a cualquier pensamiento, pasión o afecto. Si la tesis de la atribución múltiple acarrea problemas en el caso de la memoria, es porque la cuestión de la identidad personal —o sea la cuestión del sí mismo— parece plantearse en ella de una manera incomparable, a diferencia de los demás hechos psíquicos, como si la apropiación del yo constituyera un privilegio exclusivo de la memoria. No creo, sin embargo, que debamos dejarnos intimidar por este tipo de argumento”. RICOUER, Paul “Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado”. En <http://www.historizarelpasado.vivo.cl/>.

16 Para el sociólogo francés la historia escrita sólo tiene lugar cuando la memoria se descompone, cuando ya no hay sobrevivientes del grupo que ha protagonizado ciertos acontecimientos o que ha sido testigo de los que se recuerdan.

ri Bergson, Marcel Proust, o Gustav Mahler en un marco donde la vivencia de la aceleración del tiempo histórico y la presencia de la crisis expresaba en parte la difícil transformación de las sociedades rurales autoritarias en sociedades urbanas modernas, industriales, democráticas.¹⁷ Empero, la preocupación por la memoria solo resurgiría al calor de los interrogantes y los debates sobre las masacres de la segunda guerra mundial y los regímenes totalitarios. El término aún no figuraba como voz singular acreedora de la correspondiente entrada en el importante vocabulario de Cultura y Sociedad que Raymond Williams elaboró en 1976 y amplió en 1983.¹⁸ Era precisamente por esos años que se iniciaba el “boom”.¹⁹

La Historia no permaneció ajena a este proceso y fue empujada a interrogarse sobre sus relaciones con la memoria, a desentrañar las competencias específicas de una y otra, habida cuenta de que esa marca filiatoria inscripta en los orígenes y encarnada en las figuras de Mnemosine y Clío reclamaba ser repensada a la luz de los procesos contemporáneos.²⁰

Memoria e historia, lejos de ser sinónimos son opuestas, sostiene Pierre Nora. La memoria es la vida, siempre anclada en grupos vivientes y en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones; pero es siempre un fenómeno actual. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria surge de un grupo, la historia pertenece a todos y a nadie, lo cual le otorga vocación universal. Todo lo que hoy llamamos memoria, no es memoria: ya es historia, para el impulsor

17 Un desarrollo exhaustivo puede encontrarse en NAMER, Gerard “Antifascismo y “La memoria de los músicos” de Maurice Halbwachs (1938)” en CUESTA BUSTILLO, Josefina (ed) *Memoria e historia*, Madrid, Marcial Pons ed., 1998.

18 Para una mayor precisión ver SAZBÓN, José “Conciencia histórica y memoria electiva”, Ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas de Historia de las Universidades Nacionales, Salta, 2001.

19 A principios de la década del ‘80 se publicaron dos libros emblemáticos: *Zakhor. Jewish history and jewish memory* de Yosef Yerushalmi y el primer tomo de *Les lieux de memoire* obra colectiva a la que su director Pierre Nora ubicó como un trabajo “entre memoria e historia”.

20 Según los antiguos griegos, la memoria era una condición previa del pensamiento y Mnemosine, la diosa de la memoria, lo era también de la sabiduría, la madre de las musas y por tanto la progenitora de todas las artes y las ciencias, entre ellas de la historia (Clío de hecho fue una de sus nueve hijas). Aristóteles concedió a la mnemónica un lugar privilegiado entre las disciplinas del pensamiento, estableciendo una distinción entre la memoria que aflora de manera espontánea (mneme) y el acto voluntario del recuerdo (anamnesis).

de la obra colectiva *Los lugares de la Memoria*, desde una notoria exaltación de las diferencias y las tensiones oposicionales entre una y otra.²¹

Es posible también encontrar argumentos que apuntan en dirección opuesta a los de Nora; argumentos que, sostenidos en la identidad entre historia y memoria, derivan en una concepción de historia ficcionalizada. No obstante, tanto la densidad de los distingos como la mera asimilación resultan desbordadas desde posiciones que más productivamente insisten en que la historia y la memoria son ámbitos distintos, pero que tienen en común la tarea de elaboración del pasado, aun cuando ello se produce y procesa al interior de una y otra en forma diferencial aunque con sus zonas de contacto y sus mutuas interferencias que asumen modalidades no exentas de ambigüedad y tensión.

La Historia como saber científico del devenir humano, con sus métodos y sus improntas de exhaustividad, confronta con la memoria de hechos pasados cultivada por contemporáneos y descendientes y así torna visible que ella no siempre retiene lo que la historia pone en evidencia; más aún que la memoria suele recordar acontecimientos en los cuales la historia jamás repara, o que en otras ocasiones siguen caminos paralelos que difícilmente se cruzan. La memoria es cualitativa, escasamente cuidadosa de las comparaciones y de la contextualización y a su vez suele despreocuparse de la verdad histórica registrada en los documentos. Tampoco tiene necesidad de “pruebas” en el sentido en que la disciplina histórica sí las requiere.²² Aunque está muy lejos de ser un mero dispositivo de almacenamiento o un receptáculo pasivo, un banco de imágenes del pasado, sino que hay que considerarla como una fuerza activa, modeladora y dinámica, ya que lo que hunde en el olvido es tan importante como lo que recuerda. La memoria se halla históricamente condicionada, sus tonalidades y sus formas cambian en función de las necesidades del momento, muda con el transcurrir de las generaciones, lleva la impronta de la experiencia, está marcada por las pasiones de su época y nunca resulta más camaleónica que cuando resulta impasible. La memoria se relaciona de manera dialéctica con el pensamiento histórico, en lugar de ser algo así como su otro negativo, sostiene Raphael Samuel.²³

Lo cierto es que, más allá de las innumerables reflexiones que intentan dar cuenta de estos lazos y sus configuraciones, la Historia (Reciente) recibe

21 Ver NORA, Pierre *Pierre Nora en Les lieux de memoire*. Uruguay, Ediciones Trilce, 2008.

22 Ver al respecto CUESTA BUSTILLO, Josefina “Memoria e historia. Un estado de situación”, cit.

23 SAMUEL, Raphael *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Vol 1. España, Universitat de Valencia, 2008.

de la memoria un impulso decisivo, pero lo hace buscando su emancipación; y en ese camino convierte a la memoria tanto en una fuente privilegiada como en un objeto de investigación.²⁴

La Historia oral

Testigos y testimonios

El uso de testimonios orales para intentar modelar el pasado es tan antiguo como la historia misma; sin embargo, la historia oral es una práctica estrictamente contemporánea que más precisamente comenzó a desarrollarse después de la segunda guerra mundial cuando se creó, en estrecha vinculación con la invención del grabador, el primer centro de Historia Oral en la Universidad de Columbia en Estados Unidos. Desde allí fueron realizadas numerosas entrevistas que, sistematizadas en un archivo, conformaron un banco de datos para que futuros historiadores pudieran trabajar. Esta tarea perseguía propósitos que no se alejaban aún de los tratamientos más convencionales de la historiografía y las entrevistas grabadas y transcritas cuidadosamente eran concebidas como una mera técnica y desde una perspectiva de corte archivístico y empírico, cuyo énfasis estaba puesto en recoger las voces de los grandes hombres de la vida política y cultural norteamericana.

Estos parámetros iniciales serían transformados radicalmente al interior de una tradición que poco más tarde comenzaría a forjarse en Inglaterra, la de los historiadores marxistas. El intenso proceso de renovación que sacudiría a la historia social también supuso un recomienzo para la incipiente Historia Oral que ya en los años sesenta realizaba un sistemático esfuerzo por ampliar el registro de las voces que recogía y por complejizar sus propósitos, enfrentando para ello a un estructuralismo que, negador de la subjetividad, de la experiencia humana y la historicidad, reducía a los hombres a ser soportes pasivos de las estructuras, a un empirismo cuantitativo que, obsesionado por la confiabilidad de los datos y la representatividad de la encuestas se expresaba bajo la forma del número y en pleno territorio de la Historia a la expansión de una *Annales* que concentrada en la larga duración contribuía a quitar privilegio epistémico a los testimonios.

La Historia Oral inglesa asumió entonces la tarea de construir una "historia desde abajo" que obrando a modo de espacio de intersección entre el cam-

24 Si la historia es un vehículo de la memoria es un tema donde las posiciones tampoco son coincidentes, de hecho construyen un haz que va desde el optimismo al más crudo escepticismo.

po académico y la experiencia de los trabajadores y los oprimidos en general le diera "voz a los que no tiene voz" en el relato histórico.²⁵ Ello se nutrió de la disidencia cultural y política de gran alcance que se expresaba en nuevos movimientos sociales y políticos que contribuyeron a abrir las compuertas a una pluralidad de corrientes que, portando la fuerza de esas subjetividades emergentes, y la valorización de las experiencias humanas ponían en acto un doble propósito; por una parte colocaban en el centro de la escena teórico y política a sujetos sociales que adquirirían en el terreno histórico-concreto visibilidad colectiva, como las mujeres, las minorías étnicas y sexuales, y por otra alumbraban nuevas regiones de la actividad humana que requerían para su desciframiento de una ampliación y renovación del arsenal metodológico de las ciencias sociales. Y allí estaba una Historia Oral que desde sus momentos inaugurales estuvo abierta a las influencias, ritmos y preocupaciones de otras disciplinas sociales, y que portadora de capacidad expansiva se expresaría, no sin importantes resistencias, en otras historiografías.

Un rasgo de identidad de la Historia Oral es que crea sus propios documentos (la fuente oral, relato o testimonio obtenido a través de la entrevista a un testigo). Giorgio Agamben²⁶ ha advertido que en latín hay dos palabras para referirse al testigo; la primera *testis* de la que deriva nuestro término testigo, significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (*terstis*) en un proceso o en un litigio entre dos contendientes. La segunda *supertes*, en cambio, hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él. Esta característica supone entonces que sin testigos y testimonios no hay posibilidad de Historia Oral pero asimismo que ella implica una concurrencia de voluntades entre entrevistadores y entrevistados, entre alguien que busca, pregunta y escucha y fundamentalmente alguien que recuerda y cuenta; el testimonio por tanto nunca es anónimo e impersonal.

Es necesario recordar que el trabajo ni comienza ni menos aún finaliza con la realización de las entrevistas. Llegar a ello supone poner a punto un conjunto de procedimientos investigativos, y luego de realizadas las entrevis-

25 SAMUEL, Raphael (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.

26 Ver del autor *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia, Pre-textos, 2000. p. 15. Cabe aclarar que para el autor los "verdaderos testigos", los "testigos integrales" son los que no han testimoniado ni hubieran podido hacerlo. Los que lograron salvarse, como seudotestigos, hablan en su lugar, por delegación, testimonian de un testimonio que falta, dan cuenta de algún modo de la imposibilidad de testimoniar y ello altera el valor del testimonio, obliga a buscar su sentido en una zona imprevista.

tas someterlas a procedimientos crítico-interpretativos particulares para finalmente componerlas en un relato histórico.

La Historia Oral está atravesada por una condición casi constitutiva que remite al escaso consenso en torno a su naturaleza, sus modos de concebirse y a sus alcances. No es ocioso en este punto recordar que la Historia Oral es “intrínsecamente diferente y específicamente útil”²⁷ y de hecho ello puede apreciarse en los caminos que ha recorrido, que nos proporcionan múltiples y dispares evidencias.²⁸

Podemos apuntar que la Historia Oral nos brinda una posibilidad de restituir al curso de la historia a sus actores desdeñados ya sean estos los derrotados, las víctimas de procesos represivos, las minorías, las mujeres, el mundo popular incluyendo a los sectores analfabetos y de extrema pobreza a partir de sus propias voces, de sus propios relatos. Cumplir este propósito supone aventurarse por caminos diferentes, por esferas ocultas difícilmente identificables de otros modos y por tanto reconocer que sus aportes no pueden reducirse (meramente) a la obtención de más fragmentos de información, sino a perspectivas y evidencias nuevas enteras porque “hay trozos esenciales del pasado escondidos en la memoria de las gentes”.²⁹ La Historia oral supone una vía regia para adentrarse e iluminar las complejidades de la experiencia humana, mitos y tradiciones orales, instancias de formación social de la memoria, invención de tradiciones o para establecer conexiones entre vidas.³⁰

No podemos soslayar que, de manera similar a la experiencia europea, en América Latina han sido los procesos represivos a gran escala vinculados a las dictaduras militares instaladas en las décadas de 1960/1970 los que han provocado particular e insistentemente su desarrollo. De hecho, la historia oral ha devenido en una herramienta de trabajo insoslayable para el análisis de esos procesos recientes, y su práctica ha cruzado las fronteras del mundo

27 PORTELLI, Alessandro “Lo que hace diferente a la historia oral”, en SCHWARSTEIN, Dora (comp.), *La Historia oral*, 1991, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

28 Hacia los años '80 se habían visualizado con claridad distintos perfiles que no desplegaríamos aquí porque ello merece un tratamiento en sí mismo. Algunas aproximaciones pueden buscarse en AGUILA Gabriela y Cristina VIANO “Las voces del conflicto: en defensa de la historia oral” GODOY Cristina (editora) *Historiografía y Memoria Colectiva. Tiempos y Territorios*; Madrid/Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.

29 THOMPSON, Paul “Historia oral y contemporaneidad” en Anuario N° 20, “Historia, memoria y pasado reciente”, Rosario, Escuela de Historia/Universidad Nacional de Rosario/Homo Sapiens Ediciones, 2004.

30 Agreguemos que los testimonios de la historia oral también informan sobre la existencia de documentos tradicionales y modifican su lectura.

académico para convertirse en un importante recurso de carácter denunciativo en el campo de los derechos humanos, aunque justo es decir también que estos recorridos no agotan el espectro de temas y problemas que la historia oral en Argentina y América Latina ha abordado (ya desde sus fases iniciales) y aborda. En el caso argentino cabe destacar que en una escala no menor las voces provenientes del mundo de la militancia de los años '60 y '70 han constituido una fuerte marca de identidad en estos últimos años. Gerardo Necochea Gracia sostiene que uno de los impulsos que ha acompañado a la historia oral es la democratización de la producción y de los temas y sujetos de la historia, que ella ha contribuido a traer a las grandes historias nacionales latinoamericanas las vidas de hombres y mujeres y sucesos que habían quedado al margen por ser considerados intrascendentes o reprimidos o por ser “opuestos a la corriente”, característica que convierte a la historia oral en una historia de denuncia y con mayor frecuencia en una historia que pone a los invisibles a la par de los visibles.³¹

Si bien estamos muy lejos de aquellos momentos en que la historia oral era considerada “un espectro que ronda los salones de la academia”³² y en su favor podemos señalar una nutrida producción en la cual el recurso central lo constituye el uso de testimonios específicamente recogidos, existe también una práctica de ensayo que pone en cuestión el valor de los testimonios. Más recientemente y alertadas por usos acrílicos de testimonios orales, que los convierten en un “acceso directo a la verdad”, se han alzado algunas voces intentando marcar las limitaciones y problemas que estos poseen para el abordaje de ciertos pasados recientes y han sido particularmente insistentes en descalificar su uso, pero no en forma total sino en cuanto intentan evadirse del único terreno al que le reconocen legitimidad. Los proponen irremplazables cuando ellos dan cuenta de los crímenes de procesos dictatoriales o de terrorismo de estado, pero se muestran renuentes a asignarles valor cuando bucean

31 Ver del autor “Existe una historia oral latinoamericana” en NECOCHEA GRACIA, Gerardo y Antonio TORRES MONTENEGRO (comps) *Caminos de historia y memoria en América Latina*, Buenos Aires, Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO) e Imago Mundi, 2011.

32 Tal una conocida expresión de Alessandro Portelli. Philippe Joutard sostiene, que hacia fines del siglo XX la Historia Oral alcanzó su madurez y que los tópicos sobre los que cabalgan sus principales críticos (la subjetividad, la escasa fiabilidad de las fuentes orales vinculada a la fragilidad de la memoria o el énfasis en lo particular) deben ser planteados menos en términos de debilidades y más como elementos que requieren ser resituados y analizados desde registros específicos. Ver JOUTARD, Philippe *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, F.C.E., 1999.

en otros momentos, por ejemplo en la historia política previa a la instalación de las dictaduras militares.³³

La práctica de la historia oral, en sus versiones más expresivas, está alejada de perspectivas que tienden a sobreestimar sus posibilidades y más bien parece interesarse por la búsqueda de sus cualidades específicas. Y en ello no aparece marginalizado el hecho de que su quehacer entero resulta de un espacio de interacción social que trasciende al mero universo académico y no queda restringido a un marco de debates filosóficos, epistemológicos o aportes disciplinares. Alessandro Portelli señala que el sutil encaje de la memoria se lacera irreparablemente cada vez que alguien calla y “que no es solamente en Africa donde, como decía Jomo Kenyatta, se quema una biblioteca cada vez que muere un viejo; que también en Italia, cada vez que un antifascista calla, se quema un pedazo de libertad”.³⁴ A propósito de lo cual es oportuno recordar(nos) que si el olvido es una amenaza que se hace presente cuando la voluntad de transmisión declina, y en ocasiones ello puede ser simplemente la interrupción del relato; las y los historiadores orales podemos cumplir, aunque sea, un modesto papel.

Miradas sobre los avatares de la Historia Reciente en Argentina

Las y los historiadores que se dedicaron tempranamente a abordar los problemas que fueron configurando el campo que asumiría posteriormente el nombre de Historia Reciente en Argentina sortearon no pocas adversidades y en ese camino contrariaron enraizados prejuicios de matriz positivista que señalaban la imposibilidad de abordar temas como las organizaciones políticas de los primeros '70, la dictadura militar y las experiencias represivas o la transición a la democracia.³⁵ De allí que resulta paradójico que la Historia Reciente

se haya desarrollado, aunque no exclusivamente, al interior de los centros institucionales de producción, principalmente en las universidades públicas, tensándose en un amplio y heterogéneo abanico, pero en un marco de abierta hostilidad y contraviniendo las líneas historiográficas hegemónicas que, desde la recuperación democrática avanzaban en un proceso de profesionalización creciente, fijando con rigurosidad y exhaustividad los cánones del oficio y paralelamente delimitando y legitimando períodos, objetos y metodologías de estudio al tiempo que se marginalizaba y excluía a otros. Ello implicó el trazado de barreras entre el campo historiográfico y la esfera ético-política, o dicho en otros términos fue instituyendo una dicotomía profunda entre el mundo académico -y la producción reglada de conocimiento- y la vida social y política.³⁶

Las impugnaciones, que encontraban firmes impulsores en la década del '90, apuntaban en variadas direcciones; una de las más invocadas sostenía que la falta de distancia temporal entre las y los historiadores y sus temas de estudio imposibilita un acercamiento con garantías de cientificidad.³⁷ Anida allí la ilusión de una representación objetiva de la historia, de una historia concebida como ciencia libre de juicios de valor, y aunque esta consideración no solo remite al abordaje del pasado reciente y al presente, es indudable que aquí se torna más lacerante. Se sostenía que la tarea de construir conocimiento histórico del pasado reciente sólo podría emprenderla una generación enteramente nueva, que no se hubiera visto involucrada vivencialmente en los procesos abordados, en la medida en que de lo contrario solo contaríamos con productos en demasía ideologizados y politizados.³⁸ Así distintos intentos

las autoras *La Historia Reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2007. p. 16.

33 Un ejemplo acabado resulta de los planteos de Beatriz Sarlo (ver *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005). La autora ha manifestado en distintas notas periodísticas poseer una “confianza cero en el testimonio”, sin embargo es muy llamativo que en el libro arriba mencionado, espacio en el que estas reflexiones aparecen más sistematizadas, su aparato referencial desconozca la compleja y densa red de rigurosos trabajos históricos y sociológicos sobre un pasado reciente que no se recluye exclusivamente en el terrorismo de estado, trabajos basados en años de investigación, y a través de los cuales se podrían considerar, los aportes y también los límites que posee la utilización de testimonios. Discusión que no ha sido soslayada en modo alguno por esas investigaciones sino que más bien ha constituido un aspecto fundamental en ellas.

34 PORTELLI, Alessandro *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires, FCE, 2003. p. 11.

35 Les asiste razón a Marina Franco y a Florencia Levin cuando plantean que los máximos oponentes y detractores se hallan dentro del propio campo de la historia, no afuera. Ver de

36 Maristella Svampa ha destacado el cambio en el rol de los intelectuales, que se expresa en un eclipsamiento del compromiso político típico de los años '60 y '70, en favor de una profesionalización fuertemente autorreferencial que, bajo la figura del “experto”, se vincula a la gestión estatal y al asesoramiento de organismos internacionales y es profundamente renuente a tender puentes con otras realidades, particularmente con los sectores populares. Ver de la autora “El golpe inauguró una forma atroz de desigualdad” en *N*, Suplemento de cultura, 129. Clarín, Buenos Aires, Sábado 18 de Marzo de 2006.

37 A favor de estos argumentos el historiador Luis Alberto Romero sostenía que “La historia termina hace cincuenta años, lo que sigue es política. La historia debe atenerse a los hechos, a lo realmente ocurrido, lo demás es filosofía”. Clarín, 11 de octubre de 1996.

38 Conforme la Historia Reciente fue ganando terreno aparecieron otros problemas, tributarios en parte de las originales impugnaciones. Durante las semanas en que la conmemoración del 30 aniversario del golpe militar de 1976 acaparó gran parte del interés de los medios masivos de comunicación, se escuchó con insistencia el interrogante sobre si era posible el

serían sistemáticamente descalificados por ser sospechados de constituir una “historiografía militante”.

Por cierto que las ilusiones de representación objetiva no reparan en que lo que llamamos Historia (como disciplina y no meramente como proceso) se engendra en la escritura de la historia y que escribir la historia no es recuperar el pasado “tal cual fue”, sino que supone recrearlo a partir de nuestro presente, o más bien interpretar las huellas que ha dejado el pasado desde el tiempo presente. Así aparece con toda su potencia el presente como realidad irreductible; presente del conocimiento (histórico en este caso) tiempo del ahora del que procede toda percepción del pasado (más cercano o lejano) y del futuro. En este punto es posible recordar con Walter Benjamin que la historia como conocimiento es objeto de una construcción cuyo lugar nunca es el tiempo homogéneo y vacío, sino el tiempo actual, el que habitamos y nos habita.³⁹

Las dificultades del acceso a fuentes y la inexistencia de archivos específicos también fueron señaladas como un obstáculo insalvable, principalmente para el abordaje de los procesos dictatoriales. Ello desconoce que quienes están preocupados por problemáticas contemporáneas suelen enfrentar un problema que más que el de la escasez es el de la saturación de fuentes.⁴⁰ Asimismo, este es un aspecto que poco más tarde debió plantearse en otros términos, ya que el descubrimiento y apertura de distintos archivos de la represión inauguró nuevos problemas en torno a la accesibilidad y sus límites.⁴¹

abordaje de “todo” el pasado reciente o si todavía había temas sobre los que era prudente no abrir el debate. Se advertía sobre los riesgos de su abordaje en la currícula escolar. Esas voces referían al tema que probablemente constituya lo más controversial de nuestra historia reciente: las organizaciones político-militares de los años 60/70.

39 Ver BENJAMIN, Walter *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile, Universidad ARCIS y LOM Ediciones, 1995.

40 La proliferación de distinto tipo de fuentes, que constituyen un universo prácticamente inabarcable, nos enfrenta a la necesidad de realizar opciones en el proceso de selección y también a apropiarnos de estrategias metodológicas específicas y adecuadas para su tratamiento.

41 Ello tiene su origen en que mucha de la documentación allí encontrada comenzó a ser puesta a disposición no solo de la justicia sino también de investigadores y afectados directos, pero muchos de esos documentos son producto de violaciones explícitas a los derechos humanos de varones y mujeres. ¿Se trata de un bien público para un uso abierto o debe restringirse en la medida que supondría volver a violar la privacidad ya violada?, ¿Quién posee el poder de decisión? Estos debates pueden seguirse en da SILVA CAPELA, Ludmila y Elizabeth JELIN (comps); *Los archivos de la represión. Documentos, memoria y verdad*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 2002.

Los empeños historiográficos que desafiaban este marco de adversidad incursionaron muy tempranamente por un camino que implicó un proceso de creación de nuevos registros documentales, camino en el que emergieron los testimonios como aliados revulsivos e insoslayables. Por esta vía, la Historia Oral en su indisoluble y persistente asociación con la Historia Reciente, adquiriría una enorme vitalidad.

La aguda observación de Raphael Samuel⁴² en relación a que los estudios sobre historiografía no deben centrarse ni en la obra de un solo especialista ni en los enfrentamientos entre escuelas de pensamiento contrapuestas, sino en el conjunto de prácticas que activan una dialéctica de relaciones entre pasado y presente, puede orientarnos en la búsqueda de explicaciones sobre la actual situación de la Historia Reciente, que exhibe fuertes contrastes con las iniciales configuraciones del campo historiográfico más en general, al punto que ha devenido en una de las áreas más dinámicas de la disciplina en la actualidad. Ello, que puede apreciarse en la multiplicación de espacios de investigación, reflexión, en la presencia en debates, intervenciones públicas e institucionales, no da cuenta sin embargo de las razones que han impulsado a las y los historiadores a enredarse en los problemas de la historia reciente argentina.

Si bien cada historiografía posee su genealogía y sus caminos propios, es posible advertir una marca que no es original y que remite a su íntima relación con la memoria social, una memoria social que a través de una multiplicada demanda interroga y busca respuestas, y ello encontró un terreno propicio en un segmento nada desdeñable de historiadores que, con similares preocupaciones, ponían en discusión los lugares pretendidamente asépticos signados por la búsqueda de la imparcialidad y la distancia entre el investigador y su objeto y buscaban dialogar, integrarse y aportar a experiencias sociales activas.

El peso de la historia en la memoria de una sociedad es muy variado, desde la ausencia hasta la obsesión.⁴³ Annette Wieviorka señaló que para que la

42 SAMUEL, Raphael *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Vol 1, Valencia, Universitat de Valencia, 2008. p. 26.

43 En esta dirección, el historiador Eric Hobsbawm relata en las páginas iniciales de su libro *La era de las catástrofes*, (que fuera traducido al español con el anodino título *Historia del siglo XX*) que el 28 de Junio de 1992 el presidente francés François Mitterrand había visitado sin aviso previo a Sarajevo, que por entonces era escenario de una guerra y genocidio que se cobraría más de 150.000 vidas. Su objetivo era mostrar a la opinión pública la gravedad de la situación en Bosnia. Sin embargo un aspecto de su visita pasó totalmente inadvertido: la fecha en que escogió hacerla. Se trataba ni más ni menos que de un nuevo aniversario del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría, que en 1914 había

sociedad “escuchara” a los testigos de la Shoah fue preciso que transcurrieran más de dos décadas, ya que ello no ocurrió en el proceso de Nuremberg, donde hubo preponderancia de un gran volumen de documentos escritos (presentados como prueba) y apenas noventa y cuatro testigos, sino con el proceso a Eichmann a principios de los años ‘60. Allí comienza un fenómeno, a modo de respuesta tardía, a una proliferación de corrientes destructivas que se descargaron sobre el frágil cuerpo humano y que jalaron trágicamente el siglo XX europeo: una explosión testimonial a la que denominó como “la era del testigo”.⁴⁴ La memoria social, en Argentina, inauguraba un régimen de temporalidad distinto de aquel que había caracterizado a algunas experiencias europeas, ya que no mediaba aquí una distancia temporal de olvido y represión de los acontecimientos traumáticos para sobrevenir luego un tiempo de memoria.

A muy grandes rasgos podríamos decir que la conflictiva historia de la memoria del pasado reciente en Argentina que tiene su epicentro en los acontecimientos de los años ‘60 y ‘70, ya sea en las promesas radicales de cambio social o en los procesos represivos a gran escala posteriores, reconoce por lo menos tres momentos: uno signado por la teoría de los dos demonios, otro por la perspectiva de la reconciliación nacional y un último, (el que estamos transitando) donde se despliega una suerte de “boom de la memoria” que encuentra sus momentos inaugurales alrededor del aniversario de los 20 años del golpe de 1976 y el entramado de acontecimientos que allí se conjugan; muy significativamente la aparición pública de HIJOS, que expresaba una generación de veinteañeros con sus nuevas disposiciones a sentir y obrar en el espacio público y político, y a buscar otros relacionamientos y sentidos en el pasado inmediato.

En tiempos similares comenzaron a visualizarse algunos cambios, que devenían del “afuera” del ámbito estrictamente académico, y que se encargaron de recoger un nuevo clima de ideas que se estaba gestando socialmente: la producción cinematográfica y también la documental, ciertos enfoques de periodismo cultural junto a obras de literatura testimonial y textos ficcionales. Poco después se abrió un amplio debate sobre la necesidad y el sentido de construir memoriales públicos. La rebelión del 19 y 20 de diciembre del 2001,

desencadenado el estallido de la primera guerra mundial. El objetivo era claro: recordar las consecuencias de una catástrofe pasada y advertir sobre una catástrofe presente. Solo que pocos repararon en esa “coincidencia”. Hobsbawm concluyó señalando que la memoria histórica ya no estaba viva. Ver del autor *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1995, pp. 12-13.

44 WIEVIORKA, Annette *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998.

que marcaba el colapso del régimen económico, social y político forjado en buena medida a lo largo de la década del ‘90 y el protagonismo social posterior contribuyeron enormemente a acelerar una situación para la que ya se habían sentado las bases en la segunda mitad de los años ‘90.

Es así que en los primeros años del nuevo milenio la Historia Reciente (impulsada por memoria social y anticipada por otras disciplinas) comenzaría a atravesar un proceso ininterrumpido de ampliación, diversificación y sostenido crecimiento muy visible en distintos aspectos y animado principalmente por una primera generación que formada en los inicios de la democracia, no había participado (por su condición etaria) en las experiencias políticas de los primeros años ‘70.⁴⁵ A ella pronto se sumarían otras generaciones más jóvenes aún. Y, paradójicamente, también algunas figuras que, desde el control de los resortes de poder del campo historiográfico que se había construido en la post dictadura, habían producido en los años ‘90 fuertes impugnaciones.

La Historia Reciente desplegó, como una modulación semejante a las configuraciones europeas, una estrecha asociación con el abordaje de los pasados recientes traumáticos; tanto es así que llegó a sostenerse que “la historia de la historia reciente es hija del dolor”⁴⁶. No obstante esa insistente marca de origen (no la única por cierto) ha sido productivamente desbordada en disparejas direcciones e incitaciones problemáticas y temáticas. Ello nos coloca frente a un paisaje más complejo de cartografiar que el que poseíamos una década atrás.

No es novedoso plantear que la práctica de la Historia Reciente aparecía como un imperativo ético; que sin embargo conforme se desarrollaba debía y debe enfrentar un conjunto de desafíos, entre otros hacerse cargo de los tiempos presentes, de hacerse cada vez más reciente. Y no solo eso, ya que

45 Solo a modo de señalamiento indiquemos que las 1eras Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente se realizaron en el 2003 en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario y que allí confluyeron las iniciativas de grupos pequeños aún de Rosario, La Plata y Buenos Aires principalmente. Actualmente se han realizado ya VI Jornadas en distintos centros universitarios del país aunque ello constituye solo un indicador. A poco más de una década proyectos de investigación, tesis doctorales, jornadas, publicaciones especializadas, libros y colecciones específicas, la presencia en debates públicos, los reservorios específicos nos dan cuenta de otra situación plenamente contrastante con aquellos “años difíciles”.

46 FRANCO, Marina y Florencia LEVIN, cit. p. 15. Luciano Alonso respondió agudamente ese argumento. Al respecto puede consultarse su artículo “Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica. Reflexiones en torno a Historia Reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción” en *Prohistoria*, Año XI, número 11, Rosario, Argentina, 2007.

el encerramiento institucional y la consecuente pérdida de contacto social directo con el presente más inmediato y sus manifestaciones, constituye una acechanza siempre latente. Enzo Traverso sostiene, a propósito del holocausto, que la historia que se escribe hoy sobre esa experiencia está políticamente desimplicada, en tanto en estrecha relación con ello se realiza un uso apolo-gético de su memoria en las conmemoraciones oficiales que desde el recuerdo políticamente correcto y casi ascético de las víctimas del nazismo fortalece el desprendimiento del presente. Su diagnóstico es “*que hay que recordar Auschwitz para mejor olvidar Guantánamo y las torturas en Irak*”⁴⁷ Podríamos multiplicar los ejemplos.

Asimismo se debe lidiar con el hecho que la mayoría de los temas que aborda la Historia Reciente están transidos por múltiples huellas, que devienen no solo de disciplinas que, como la sociología, la antropología, la economía o la ciencia política también intervienen en el propio campo sino por una práctica de ensayo, periodismo de investigación o de divulgación que con distintos grados de rigurosidad, goza de gran difusión en los medios de comunicación y que permanece muy poco atento a los resultados de una producción historiográfica que avanza con otros ritmos pero guardando una serie de cuidados para evitar las fáciles tentaciones de la simplificación, el maniqueísmo o la banalización. Hacer Historia Reciente muestra más diáfananamente que los intentos de atrapar el devenir humano no constituyen una prerrogativa de las y los historiadores o para decirlo con Natalie Zemon Davis que “no somos dueños del pasado”⁴⁸. A su vez, y a modo de una impregnación insistente, la tarea posee una especial complejidad, ya que sobre la escritura de la Historia Reciente distintos grupos y actores sociales imprimen demandas y depositan expectativas que no siempre resultan confortadas por nuestros trabajos. Ello nos recuerda, una vez más, aquello que sostenía William Faulkner en *Requiem para una mujer*. Que “el pasado no ha muerto, ni siquiera ha pasado”.

47 Ver TRAVERSO, Enzo “Memoria, olvido, reconciliación: el uso público del pasado” en CERNADAS Jorge y Daniel LVOVICH (editores) *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*. Buenos Aires, Prometeo Libros/ Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010.

48 ZEMON-DAVIS, Natalie “Quien es el dueño de la historia. La profesión del historiador” en *Entrepasados*, N° 14, Buenos Aires, 1998.

BIBLIOGRAFIA

Capítulo 1

BENJAMIN, Walter; *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires, 1989.
 _____ *Calle de mano única*. Editora Nacional de Madrid, Madrid, 2002.

_____ *Libro de los pasajes*. Akal, Madrid, 2005.
 _____ “Sobre la facultad mimética”, en *Conceptos de filosofía de la historia*. Terramar Ediciones, Buenos Aires, 2007.

BUCK-MORSS, Susan; *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Interzona Editora, Buenos Aires, 2005.

LÖWY, Michel; *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis «Sobre el concepto de historia»*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.

MOSÉS, Stéphane; *El ángel de la historia. Rosenzweig, Benjamin, Scholem*. Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Madrid, 1997.

OYARZÚN ROBLES, Pablo; *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*. Universidad ARCIS y LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1995.

REYES MATE, Manuel; *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin «Sobre el concepto de historia»*. Editorial Trotta, Madrid 2006.

SAZBON, José; *Historia y representación*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002.

SCHOLEM, Gershom; *Walter Benjamin. Historia de una amistad*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Capítulo 2

ARICO, José; *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Puntosur; Buenos Aires, 1984.

AAVV; *Gramsci y las ciencias sociales*; Cuadernos de Pasado y Presente N° 19; Córdoba; 1972.

BOGSS, Carl; *El marxismo de Gramsci*. Ed. Premia; México; 1975.

BUCI – GLUCKMANN, Cristine; *Gramsci y el Estado (Hacia una teoría materialista de la filosofía)*. Ed. Siglo XXI, México, 1988.

CERONI, Humberto; *Teoría política y socialismo*. Ed. ERA 1° ed., México, 1976.